

La espiritualidad de Jesús de Nazaret

–Primera Parte –

Santiago Silva Retamales



La espiritualidad de Jesús de Nazaret

–Primera Parte –



La espiritualidad de Jesús de Nazaret

PARTE I: noviembre 2021

SALUDO AL LECTOR: *LA «ESPIRITUALIDAD DE JESÚS» Y CÓMO ACCEDER A ELLA*

- I- JESÚS, «HIJO» DEL PADRE Y PARA EL PADRE
 - 1.1- DE LA IDENTIDAD Y MISIÓN DE JESÚS A SU ESPIRITUALIDAD
 - 1.2- JESÚS DE NAZARET, EL HIJO AMADO QUE COMPLACE A SU PADRE CELESTIAL
 - 1.3- TRES RASGOS DE LA ESPIRITUALIDAD DE JESÚS
 - 1.3.1- RASGOS DISTINTIVOS DE LA VINCULACIÓN PATERNO-FILIAL EN EL SIGLO I
 - 1.3.2- RASGOS DISTINTIVOS DE LA ESPIRITUALIDAD DE JESÚS, HIJO DEL PADRE CELESTIAL
- II- DIOS, «PADRE» DEL HIJO Y PARA SU HIJO
 - 2.1- DIOS, PADRE SALVADOR
 - 2.2- JUAN EL BAUTISTA, SU IMAGEN DE DIOS Y LA ESPIRITUALIDAD DEL NAZARENO
 - 2.3- FARISEOS E IMAGEN DE DIOS
 - 2.4- ESENIOS E IMAGEN DE DIOS

PARTE II: diciembre 2021

- 2.5- ESPIRITUALIDADES DEFECTUOSAS POR INADECUADAS IMÁGENES DE DIOS
 - 2.5.1- LA «ESPIRITUALIDAD DE MÁSCARA»
 - 2.5.2- LA «ESPIRITUALIDAD DEL CAMELLO»
 - 2.5.3- LA «ESPIRITUALIDAD DEL SÁBADO»
 - 2.5.4- LA «ESPIRITUALIDAD DE SECTA»
- III- LA ESPIRITUALIDAD FILIAL DE JESÚS, ESPIRITUALIDAD DE COMUNIÓN
 - 3.1- EL DON DE LA ESPIRITUALIDAD DE FILIACIÓN
 - 3.2- DE LA ESPIRITUALIDAD DE FILIACIÓN A LA ESPIRITUALIDAD DE FRATERNIDAD
 - 3.3- MEDIOS QUE ALIMENTAN LA ESPIRITUALIDAD FILIAL DE JESÚS
 - 3.3.1- LAS SAGRADAS ESCRITURAS DE ISRAEL
 - 3.3.2- LA ORACIÓN DEL PUEBLO DE DIOS
 - 3.3.3- LAS FIESTAS DE ISRAEL EN HONOR A YAHVEH
 - 3.3.4- LOS DISCERNIMIENTOS DEL HIJO DE DIOS
 - 3.3.5- EL ESPÍRITU SANTO, FUENTE DE LA ESPIRITUALIDAD DEL NAZARENO
- IV- ESPIRITUALIDAD FILIAL DE JESÚS, ACCIONES Y VIDA ÍNTEGRA
 - 4.1- ESPIRITUALIDAD Y ACCIONES
 - 4.2- ESPIRITUALIDAD Y VIDA ÍNTEGRA

Valdivia, noviembre 2021

Nos preguntamos por la experiencia religiosa de Jesucristo, por cuál fue aquella experiencia de Dios que, como Jesús de Nazaret, marcó y explicó su existencia histórica, orientándola de modo decisivo hasta la entrega de la vida por el Dios a quien responde. El planteamiento de fondo lo podemos resumir en una pregunta: **«¿Cuál fue la vinculación que cultivó Jesús de Nazaret con Yahveh, Dios de Israel, para dar sentido a su vida y a su entrega?»**. Para hablar de esto, utilizamos también el vocablo **«espiritualidad»**.

Preguntar por la espiritualidad del Nazareno es preguntar por el tipo de vinculación o relación que caracterizaba su trato con el Dios de Israel. Esta vinculación, para que sea realmente **«espiritualidad»**, tiene que vivirse de tal modo que haga de Dios contención y sentido vital de la persona en virtud de una mutua pertenencia, la que -en la espiritualidad cristiana- es don del mismo Dios. Por tanto, propio de la espiritualidad o experiencia de Dios son, por lo menos, tres rasgos íntimamente unidos: contención, significados y pertenencia. Pero la espiritualidad en Israel tiene una fisonomía identitaria insoslayable que es la vivencia comunitaria de Dios en cuanto todo judío es miembro del pueblo santo de la alianza. No hay espiritualidad si no está enraizada en la tradición israelita, la que tiene por base el don de la alianza y los acontecimientos salvíficos de Dios en favor de su pueblo.

Cuando estos rasgos están ausentes o son muy débiles, la espiritualidad o experiencia de Dios no pasa de ser ideas fuerzas que por un tiempo animan una vida, hasta que desaparecen generalmente en razón de las dificultades.

A la experiencia que Jesús tiene de Dios accedemos de modo indirecto, pues en ninguna parte de los Evangelios se aborda en forma directa la cuestión de su espiritualidad. Sin embargo, acciones, enseñanzas y propósitos del Nazareno nos revelan por qué el Dios de Israel es **«su Dios»** y, con tales características, que hacen que la vinculación con Él sea del todo inimaginada para sus contemporáneos.

Además, para acceder a su espiritualidad, tenemos que considerar en qué y por qué Jesús se desligó de aquello que en el siglo I marcaba la experiencia de Dios del pueblo de Israel, particularmente en lo relativo a la Ley, al Templo, a las prácticas de piedad y de pureza ritual. Este contraste con su contexto socio-religioso es una importante veta para descubrir la originalidad que marca la vinculación de Jesús con Dios. Lo característico de Jesús será aquello que sea un potencial de innovación respecto a la espiritualidad de Israel o relación con Yahveh.

+ Santiago Silva Retamales
Obispo de Valdivia

Primera clave de comprensión

Jesús, «Hijo» del Padre y para el Padre

1.1 De la identidad y misión de Jesús a su espiritualidad

Acciones, palabras y propósitos revelan qué tipo de vinculación Jesús cultiva con Dios. Según aquella cultura del siglo I, acciones y palabras de una persona manifiestan su identidad. Y su identidad es «*diádica*», porque lo que es una persona debe expresar los tipos de vinculaciones, capacidades y estatus socio-religioso del grupo familiar al que pertenece (cfr. S. Silva Retamales: «Jesús. Vida ministerio y discipulado misionero», Serie Biblia y Evangelización, n^o 2.1). La identidad es manifestación del ser y quehacer de la familia de pertenencia.

Desde esta perspectiva, acciones y enseñanzas de Jesús debieran manifestar su grupo de pertenencia. Todo el mundo espera que «*lo de Jesús*» (acciones, palabras, propósitos, estatus) sea manifestación de su núcleo familiar, asentado en Nazaret. Pero no ocurre esto. El Nazareno, más bien, responde a Dios y a su envío con el propósito de hacer presente tanto «*el Reino*» de Dios como «*el Dios*» que busca reinar. Acciones y palabras de Jesús responden a Dios y a su querer, quien hace presente su soberanía en medio de su pueblo conforme a sus promesas a Israel (Lc 11,20). Identidad y misión de Jesús responden a una vinculación familiar con Dios desconocida por la gente.

Cuando Jesús anuncia el reinado de Dios se destacan varios aspectos originales respecto a la teología tradicional de Israel. Uno de ellos es que, al anunciar el «*Reino*» (vocablo con variados significados, según su raigambre temporal y teológica), Jesús no lo hace en continuidad con la teología de la

realidad propia del judaísmo. A diferencia de esta teología, Jesús no emplea el sustantivo «*rey*» dicho de Dios, sino que habla de su reinado en una dimensión no imaginada, utilizando expresiones desconocidas por entonces («*entrar en el Reino*», por ejemplo: Mt 5,20; 7,21; 18,3; Mc 9,47) y con un vocabulario parábólico y poético y, por lo mismo, evocador.

Atrás quedaron, entre otros títulos, el de «*gran Rey, venerado entre las naciones*», o «*Rey, Dios mío*» (Mal 1,14; Sal 48,2; 145,1) para quien «*ningún proyecto es imposible*» (Job 42,2); «*el Altísimo*», muy por encima de todos los dioses (Sal 18,13-14; 97,9); «*el Terrible*», «*Grande*» y «*Temible*» (Neh 4,8; Sal 47,2; 76,7.11); Yahveh Sebaot o «*Señor de los ejércitos*», revestido de gloria, que se venga de los traidores (1 Sm 17,45; Sal 24,10; 59,5; 89,8); «*el Fuerte*» y «*Pastor de Israel*» que, con su inmenso poderío, auxilia a su pueblo derrotando a sus enemigos (Is 1,24; Sal 80,1-2) y, como rey guerrero, quebranta sus cabezas y amontona sus cadáveres (Sal 110,5-6).

Atrás quedaron acciones como «*juzgar a pecadores*» y exterminarlos en «*el Día del Señor*», día de victoria del Rey del cosmos (Is 13,9; Sal 1,5; 104,35), «*destruir la maldad*» (Sal 7,9; 94,22-23), «*someter pueblos*» (Is 45,1; Sal 144,1-2) y «*dominar sobre las naciones*» por siempre (Sal 145,13). También desapareció en el anuncio de Jesús acerca del Reino de Dios, los símbolos de realidad como sostener «*el cetro del poder*» para someter a sus enemigos (Sal 110,2), «*sentarse sobre querubines*» (Sal 80,2; 99,1) o sobre «*su trono sagrado*» (Is 6,1-3; Sal 47,8) o sobre «*el orbe terrestre*» (Is 40,22) con sus pies en un estrado (Sal 132,7). Desapareció también el vocabulario propio de exaltación de un rey revestido de majestad y autoridad (Sal 93,1.3-4; 99,2-3.5).

El variopinto mundo del judaísmo del siglo I, desde los liberales saduceos hasta los rígidos esenios, pasando por los fariseos, hablaban de Yahveh y de su relación con Israel y las naciones conforme a la concepción de rey y reinado de su tiempo (cfr. Zac 14).

¿Qué ha pasado, entonces, con Jesús? ¿A qué y a quién responde su anuncio del reinado de Dios? La respuesta acerca de por qué el Nazareno anuncia así el reinado de Dios está en qué tipo de vinculación guarda con

el Dios de Israel. En realidad, la propuesta del reinado de Dios responde a quién es Dios para Jesús. La respuesta, por tanto, pasa necesariamente por la comprensión de la identidad de Jesús. Y en esta tarea se embarcan los contemporáneos de Jesús, y Él mismo se lo exige (Mc 8,27.29).

Como la tipología con la que Jesús proclama que Dios reina se aleja de lo común, provoca en sus contemporáneos muchas «preguntas de contraste» (cfr. S. Silva Retamales: «Jesús. Vida ministerio y discipulado misionero», Serie Biblia y Evangelización, n° 2.4). Éstas se originan cuando se produce el desconcierto en la gente a raíz de que los datos que conocen acerca de la familia y educación de Jesús no se condicen de ningún modo con acciones, palabras y propósitos del Nazareno. De hecho, nadie de su familia obra y enseña como Él, nadie disputa cuestiones álgidas de la Ley con los expertos en ella, los rabinos de Israel, y nadie realiza obras prodigiosas como las que Él hace. ¿De donde, entonces, proviene tal conocimiento de las Escrituras (Jn 7,15) y tal poder y autoridad si Jesús es el hijo de José, el artesano, y procede de Nazaret, una aldea sin renombre?

La pregunta de contraste de parientes y vecinos: «¿No es éste el hijo del artesano y su madre es María y sus hermanos Santiago y Juan?» (Mc 6,2-3) es seguramente el interrogante de muchos. Es imposible pensar que un hijo de artesano, de estrato social bajo, venga de parte de Dios a anunciar su reinado y, para esto, enseñe y obre en nombre propio y con una autoridad nunca vista antes. Si los dirigentes de Israel se le oponen, ¡por algo será!

Lo importante de estas preguntas de contraste es que abren a las «preguntas de identidad»: Si no es el que esperábamos que fuera -diría la gente de entonces-, «¿quién realmente es?». Es decir, «¿Acaso eres tú más grande que nuestro padre Abrahán? Él murió y también los profetas murieron. ¿Quién crees que eres?» (Jn 8,53). Las posibles respuestas que circulaban en aquella sociedad de cultura oral son varias: un profeta, un maestro, un sanador popular, Elías o Juan Bautista que ha resucitado. Hasta loco o endemoniado son las posibilidades que figuran en la lista de algunos de los parientes de Jesús, que no creían en Él (Jn 7,5), de sus adversarios y también de mucha gente (Mc 3,21.22; Jn 7,20). Las opiniones se dividían entre las que señalaban a Jesús como un hombre de bien y aquellas que lo identificaban con un embaucador (Jn 7,11-12).

1.2 Jesús de Nazaret, el Hijo amado que complace a su Padre celestial

Los relatos teofánicos que encontramos en los Evangelios ayudan al lector a responder adecuadamente la pregunta por la identidad de Jesús (Mc 8,27).

Uno de los propósitos de estos relatos es revelar una transformación de estatus (por ejemplo, de hijo de José a Hijo de Dios) sin la cual no se comprende la identidad del Nazareno, ni por qué enseña así, ni por qué obra tales prodigios. Esta transformación de estatus es la que revela tanto el relato del Bautismo de Jesús (Mc 1,9-11) como el de su Transfiguración (Mc 9,2-9). Según ambos relatos, una voz del cielo (la del Padre) anuncia solemnemente la vinculación fundamental del Nazareno con el Dios de Israel, pues proclama su condición filial: «*Tú eres mi Hijo amado, en ti me complaceo*» (Mc 1,9) y «*Éste es mi Hijo amado: ¡escúchenlo!*» (Mc 9,7). El don del Espíritu Santo sella la condición filial de Jesús que, ya sea como paloma que desciende a su nido (Mc 1,10; Mt 3,16) o ya sea en forma de paloma (Lc 3,22), que baja sobre Jesús, habitándolo de forma plena.

Desde entonces la revelación para el discípulo es clara: Jesús de Nazaret es el Hijo amado de Dios, dispuesto a hacer la voluntad de su Padre en todo (Jn 4,34). Por lo mismo, Israel tiene que escuchar al enviado de Dios si realmente quiere escuchar su auténtica voluntad. Esta vinculación filial de Jesús con Dios y el don de su Espíritu explican adecuadamente la autoridad de sus palabras y sus obras y el propósito de su vida: todo lo hace en representación de Yahveh, quien le dio potestad para ello (Jn 8,28-29; 10,24-26.34-38).

El fundamento y los rasgos característicos de la espiritualidad del Nazareno provienen de su condición de Hijo primogénito y amado. Y no sólo esto, sino que además es el Hijo que «*complace*» al Padre, es decir, el Hijo que vive su filiación en obediencia radical a Él en reconocimiento de su paternidad.

Se entiende, entonces, que proclame la buena noticia del reinado de Dios como lo hace. En realidad, al anunciar la soberanía de Yahveh sobre Israel y la humanidad, está anunciando el reinado de Dios en cuanto «Padre». Porque el Dios del Reino es su Padre, su reinado tiene para Jesús características del todo peculiares. Y uno de los aspectos innovadores de la propuesta de Jesús es que ya no se alcanza a Dios, ideal de la espiritualidad de los justos en la antigua alianza, mediante el cumplimiento de la Ley, las ofrendas y sacrificios en el Templo, las oraciones y ritos de pureza..., es decir, mediante «algo», sino que ahora, en la nueva alianza, mediante «Alguien»: el mismo Hijo de Dios, porque Yahveh busca reinar como «Padre». Nadie, sino el Hijo, lleva al conocimiento y a la comunión plena con el Padre (Mt 11,27; Jn 6,37-40).

1.3 Tres rasgos de la espiritualidad de Jesús:

1.3.1 Rasgos distintivos de la vinculación paterno-filial en el siglo I

El anuncio del reinado de Dios por parte del Nazareno y sus rasgos distintivos, tienen por fundamento su identidad revelada en acciones y enseñanzas. Su vinculación filial con Yahveh explica, a la vez, las características del reinado de su Padre celestial y la experiencia religiosa que el Nazareno tiene de Dios, es decir, su espiritualidad. Ésta se funda, por tanto, en su condición de Hijo amado de Dios.

Para fijar los aspectos propios de la espiritualidad de Jesús, debemos partir por preguntarnos cuáles son los rasgos distintivos de la relación padre-hijo en el siglo I y, desde éstos y porque el Nazareno es hijo de su tiempo, describir que tipo de vinculación vivía Jesús con Dios.

- Un padre del siglo I exigía a sus hijos tres rasgos o actitudes: «Sumisión» u obediencia para realizar lo que él pedía, cualidad fundamental para la sustentación de la familia y para vivir la condición de miembro del pueblo santo del Dios que es Santo (Lv 11,44-45; 19,2; cfr. Mt 5,48); «escuchar» y «obedecer» (en griego, la misma raíz: akoúō y hyp-akoúō) es lo que un

hijo debe a su progenitor; porque Dios creó a Israel como «*su pueblo*», una y otra vez pide que lo escuche y obedezca.

- «*Imitación*» o capacidad de hacer lo posible por parecerse a su progenitor y por reproducir sus virtudes, incluso, adquiriendo su mismo oficio (Eclo 30,4); una y otra vez Dios insiste en que su pueblo debe practicar la Ley para imitarlo en su santidad y ser un pueblo santo como Él es santo.
- «*Confianza*», viviendo con la plena seguridad de que su padre y su familia se la jugarán por cada hijo cuando éste es sumiso y se esfuerza por imitar a su progenitor; Dios, el progenitor o padre de Israel, pide una y otra vez a su pueblo confianza exclusiva en Él, dejando de lado otros dioses y no poniendo su seguridad en otros imperios.

Por su lado y en relación recíproca, los rasgos distintivos de un buen padre judío se pueden sintetizar en tres:

- Ejercer convenientemente la «*autoridad*», la que no se comparte con nadie al interior de la familia, ni siquiera con su esposa. Como el padre es el representante ante los demás de su núcleo familiar, un mal ejercicio de su autoridad tiene por efecto hijos rebeldes y deshonestos que todos reprobarán. Esta censura tiene por consecuencia inmediata no sólo el deshonor del paterfamilias, sino también de todos los suyos. Este contexto socio-cultural y la manera de proceder, nos sirve para saber qué diría la gente del padre del hijo pródigo y a quien culparía por la reprochable conducta del hijo que «*se fue a un país lejano, donde derrochó todos los bienes viviendo de manera desordenada*» (Lc 15,13).
- Educar a sus hijos con la severidad debida, para que éstos asuman la «*instrucción*» de su progenitor, se conviertan en un devoto miembro del pueblo de la alianza (los hijos varones) y sean un refuerzo más para la subsistencia de la familia (hijos e hijas). La finalidad es instruirlos para que mediante su

conducta validen y acreciente la buena fama de la familia y de Israel como pueblo de Dios.

- «*Darle protección*» a todos quienes viven bajo el techo de su casa, incluso a los extranjeros que piden hospitalidad. La protección incluye alimentos, cuidados físicos e, incluso, la venganza en caso de graves agravios a alguno de los suyos (Gn 34,5.25-29). La confianza de los hijos se sustentaba en la certeza de que su padre está siempre atento para protegerlos de los peligros, cuidar sus vidas y ofrecerles seguridad en aquel medio en que la mortalidad infantil era muy alta y el promedio de vida era de 40 años.

1.3.2 Rasgos distintivos de la espiritualidad de Jesús, Hijo del Padre celestial

A la luz de estos rasgos propios de la vinculación paterno-filial hay que entender los atributos propios de la espiritualidad de Jesús de Nazaret, la que brota de su identidad, es decir, de su condición de Hijo amado de Dios. Si la naturaleza del Reino de Dios nos condujo a la identidad de Jesús de Nazaret, ahora su identidad nos conduce a los rasgos característicos de su espiritualidad.

Los Evangelios coinciden en que las características esenciales de la relación paterno-filial en el siglo I (obediencia, imitación y confianza) son los rasgos que caracterizan la espiritualidad del Nazareno. Los Evangelios también nos revelan que Jesús vive estos rasgos con tal radicalidad, que recibe el reconocimiento de su Padre como quien lo complace en cuanto «*Hijo*» (Mt 3,17; 12,18; 17,5; cfr. 2 Pe 1,17). Por esto se entiende que la vivencia de estos rasgos por parte de Jesús rompa los paradigmas de la cultura patriarcal de entonces.

- Jesús es el Hijo «*obediente, sumiso*», que discierne la voluntad de su Padre o Abbá y la vive, aunque tenga que asumir un destino cruento que, por Él, evitaría (Mc 14,36). Según la Carta a los Hebreos, que cita el Salmo 40, la finalidad de la encarnación es la formación de un cuerpo o de un ser humano

capaz de responder en obediencia radical a la voluntad de Dios: **«Al entrar en el mundo, Cristo dice: “No has querido sacrificio ni ofrenda, pero me has formado un cuerpo... Entonces dije como está escrito en el Libro acerca de mí: `¡Aquí vengo, oh Dios, para hacer tu voluntad!´”»** (Heb 10,5-7). Desde el inicio mismo de su ministerio, los intentos del Diablo por separarlo de la voluntad del Padre son del todo inútiles (Mt 4,1-11), porque Jesús es el Hijo protegido de su Padre celestial.

- Jesús es el Hijo que *«imita»* a su Padre, lo que -a su vez- pide a los suyos: *«Sean perfectos como su Padre celestial es perfecto»* (Mt 5,48). Lo imita, porque representa fielmente lo que su Padre es y porque hace lo que el Padre también hace: **«Les aseguro que el Hijo no puede hacer nada por su cuenta, sino que hace lo que ve hacer al Padre; lo que Él hace, el Hijo también lo hace. Porque el Padre ama al Hijo y le muestra todo lo que Él hace»** (Jn 5,19). Tal es la preocupación de Jesús por hacer lo que su Abbá le pide, que Él no habla si no de lo que ha visto hacer a su Padre: *«Yo les hablo de lo que he visto junto al Padre»* (Jn 8,38). En realidad, su propósito -según Juan- no es otro que el del Padre, a quien el Hijo imita: *«Mi alimento consiste en hacer la voluntad del que me envió y llevar a cabo su obra [de salvación]»* (Jn 4,34; 5,36; 9,4; 17,4). Como rasgo de su espiritualidad, la imitatio Patris por parte del Nazareno es la fuente de motivación de su vida y misión.
- Jesús es el Hijo que *«confía»* en su Padre, pues sabe que cuenta siempre con su protección, aunque no sea de su agrado lo que disponga. Porque Dios es su Padre, Jesús entrega su vida abandonándose confiadamente a su voluntad: **«¡Si es posible, que se aleje de mí esta copa, pero que no se haga lo que yo quiero, sino lo que quieres Tú!»** (Mt 26,39). Su confianza filial es tal que lo lleva a poner su vida y su destino en las manos del Padre (cfr. Sal 131,2), simplemente porque Él es el *«Padre mío»* (Mt 26,39: Páter mou) a quien

Jesús cree y en quien confía sin vacilación alguna. Su confianza tiene por fundamento el amor sin límite del Padre por Él. Estas mismas actitudes son las que pide a sus discípulos: que pongan toda su existencia con sus aspectos vitales (comer, vestirse...) en las manos de su Padre providente (Mt 6,25-34; 10,28-31). Porque **«si Dios viste así a la hierba que hoy está en el campo y que mañana se arroja al fuego, ¡cuánto más a ustedes gente de poca fe!»; ¿o es que su Padre celestial no sabe lo que necesitan?** (Mt 6,30.32).

Estos rasgos característicos de la vinculación paterno-filial se viven en la sociedad de Jesús conforme la cultura patriarcal y patrilineal de entonces. La relación con Dios, que reclamaba respeto, obediencia y honra de su pueblo (Mt 23,9; Lc 11,2), replicaba los parámetros que regían aquellas relaciones paterno-filial. Las sinagogas y el Templo, los ritos de piedad y de purificación se regían por el paradigma patriarcal que, entre otras cosas, suscitaba el sometimiento a la autoridad del paterfamilias por temor, pues el control de los hijos y las mujeres de su familia era radical; la preponderancia absoluta del padre y los varones de la familia sobre las mujeres, las que ni siquiera tenían acceso al conocimiento de la Ley; la exclusión de los miembros que mancillaban a la familia (y al pueblo de Israel), porque el valor social de la honra es superior a otros valores (Dt 21,18-21).

En cambio, Jesús mediante sus obras y enseñanzas resalta una vez más la revolución de las conductas que inculca a los suyos. Es tan novedosa su propuesta que la comprenderán sólo aquellos que acceden a su identidad y a sus enseñanzas, de modo contrario, si optan por quedarse *«afuera»* de su círculo de discípulos, *«por más que miren no verán y por más que oigan no entenderán»* (Mc 4,10-12).

El mejor modelo para mostrar el tipo de vinculación paterno-filial que Jesús propone y que Él vive, fundamento de su espiritualidad, es la parábola *«del hijo pródigo»*, que mejor debería llamarse *«del padre misericordioso»* (Lc 24,11-32). Tan innovadoras resultan ser las relaciones paterno-filiales de la parábola de Jesús, que sus oyentes de inmediato captaron su carga contracultural.

Jesús critica con fuerza la relación filial que el hijo mayor de la parábola había estructurado con su padre (imagen de fariseos y maestros de la Ley: Lc 15,2), que lo llevó a olvidarse de amarlo como padre, porque su preocupación central era sólo cumplir lo que le mandaba: «*Hace tantos años que te sirvo y nunca desobedecí ni una sola de tus órdenes*» (Lc 15,29). Por otro lado, debió haber llamado poderosamente la atención de los oyentes la conducta del padre de la parábola, puesto que ningún paterfamilias haría lo que él, en vida, hizo con sus dos hijos: «*Entonces el padre repartió la fortuna entre los hijos*» (Lc 15,12); incluso, actuó contra la literatura sapiencial que lo desaconseja (Eclo 9,6; 33,20-24). Luego, debió resultar incomprensible para aquellos oyentes judíos la cálida recepción que el padre brinda al hijo arrepentido que vuelve a casa; ¡ni éste se la esperaba!: «*Ya no merezco tener el nombre de hijo tuyo. Trátame como a uno de tus obreros*» (Lc 15,19).

Es evidente por parte de Jesús la utilización de conceptos propios de la cultura patriarcal: padre, hijos; obreros, servidores; obedecer, desobedecer; órdenes, mandatos; honor. Pero también es evidente la sustitución de sus significados por los valores alternativos del reinado de un Paterfamilias (Dios) que es por sobre todo «Padre». Sin duda que la parábola se nutre de la experiencia personal de Jesús, la que proviene tanto de su ámbito humano (hijo de José y María) como divino (Hijo de su Abbá celestial).

Como se indicó, la figura del padre estaba asociada, en reciprocidad con la de hijo, a la autoridad, a la instrucción y a la protección del núcleo familiar. Sin embargo, Jesús, mediante la parábola del «*padre misericordioso*», ofrece una figura de su Padre celestial que va más allá de estas vivencias del siglo I, distinguiéndose por su perdón, misericordia y cercanía. Es un Padre que anhela recuperar a sus hijos perdidos a pesar de que hayan mancillado gravemente su honor y el de los suyos (Lc 15,20b-24). Y esto, el hijo mayor lo tiene muy claro (Lc 15,29-30).

De este modo, Jesús somete a crítica la imagen del padre-patriarca, centrado en la autoridad y definidor de estrictos límites para los suyos, porque debe cumplir su función de guardián del honor, valor central en la estructura jerarquizada de aquella familia y sociedad del siglo I.

Segunda clave de comprensión

Dios, «Padre» del Hijo y para su Hijo

2.1 Dios, Padre salvador

Los rasgos del Dios revelado por Jesús los podemos sintetizar en el concepto de «*salvación*»: se trata de un Padre que salva. Así Dios se reveló a Moisés cuando las tribus israelitas estaban oprimidas en Egipto: su nombre es YHWH, es decir, el Dios que existe para salvar o liberar (Ex 3,14). Y el nombre de su Hijo, «*Jesús*» significa en hebreo «*Dios salva*» (Mt 1,21).

Dios para Jesús es Padre que salva regalando la condición de verdaderos hijos y, por tanto, de hermanos de quienes participan del mismo don divino. El Padre no realiza la vinculación con sus hijos por decreto ni desde el ejercicio de su indiscutida autoridad, imponiendo normas que todos deben cumplir, sino ofreciendo el don de la filiación y la fraternidad porque Él es Padre que salva. De la identidad de Dios como Padre brotan vinculaciones originales, las que -a su vez- exigen conductas apropiadas. Antes y ahora la vida cristiana reclama formas alternativas de comportarse que cada vez reflejen mejor la condición filial y fraterna. Y esto es parte medular de una auténtica espiritualidad.

2.2 Juan el Bautista, su imagen de Dios y la espiritualidad del Nazareno

Es probable que la primera búsqueda religiosa de Jesús estuviera vinculada a la figura de Juan el Bautista, por quien se hace bautizar. No es descabellado pensar que la expresión discipular del Bautista refiriéndose a

Jesús: «*Detrás de mí viene uno que es más poderoso que yo*» (Mc 1,7; cfr. 1,17; 8,34), definió al Nazareno como uno de sus adherentes. Por lo demás, Juan era una figura profética atrayente y aglutinadora, que suscitaba grandes esperanzas. No sólo esto, pues Jesús también seguía los pasos del Bautista en lo que se refiere a bautizar gente (Jn 3,22, a pesar de 4,1-2). Y cuando Juan fue apresado y asesinado, Jesús tuvo que huir y refugiarse en Galilea (Mt 4,12; Mc 1,14), tal como lo hacía cualquier discípulo cuando acababan con su jefe (cfr. Hch 5,36).

Sin embargo, Jesús pronto se alejó del Bautista y del movimiento que suscitó, que le sobrevivió por varios años (Hch 18,25; 19,1-5). Lo más probable es que Jesús se alejara porque la imagen de Dios que Él venía a revelar era distinta a la de aquellos.

Juan proclamaba la pronta venida de Dios y la realización del juicio definitivo a fin de castigar a pecadores y destruir el pecado. Ante la inminencia de la presencia de Dios por su Ungido, Juan exigía el reconocimiento arrepenido y público de los pecados mediante un bautismo ritual que libraba de la ira de Dios y permitía entrar purificados en la tierra prometida. Según Juan 3,23, el Bautista bautizaba en «Ainón, cerca de Salim», posibles localidades de la Transjordania por donde había ingresado a la tierra prometida el pueblo que había salido de Egipto, liderado por Moisés. Hay que purificarse y repetir esa experiencia, para escapar de la ira de Dios. La metáfora del hacha que arranca de raíz los árboles para quemarlos (Mt 3,10), revela la pasión del Bautista por un Dios justo y santo, intolerante ante pecados y pecadores.

El Dios de Jesús se aparta considerablemente de esta imagen transmitida por Juan el Bautista, la que respondía a corrientes de teología y espiritualidad propias del Antiguo Testamento. Tan irreconciliables son las imágenes de Dios de ambos, que Lucas nos indica que el tiempo de la antigua alianza llegó hasta el Bautista y, luego de él, Jesús anuncia la nueva alianza o «la Buena Noticia del Reino de Dios» (Lc 16,16). Pero no se trata de tiempos continuos, uno detrás del otro, sino épocas distintas. Así lo muestra Lucas al omitir en el relato del bautismo de Jesús el nombre de Juan el Bautista (Lc 4,21-22), a quien Herodes ya había hecho encerrar en la cárcel (Lc 4,19-20). Ambos, ni siquiera se encuentran, porque mientras

Juan marca el fin de la antigua alianza y su imagen de Dios, Jesús inaugura la nueva alianza y la revelación definitiva de Dios.

2.3 Fariseos e imagen de Dios

El Dios de Jesús no es tampoco el Dios de muchos de los fariseos de su tiempo.

No es fácil distinguir en los Evangelios qué rasgos corresponden al judaísmo fariseo contemporáneo a Jesús y cuáles son posteriores al 70 dC., año de la destrucción de Jerusalén y del Templo. Luego del 70 desaparecieron saduceos, herodianos, esenios y otras tendencias socio-religiosas y se impusieron los fariseos que fijaron una estricta ortodoxia (doctrinas) y ortopraxis (normas y conductas) para salvaguardar su identidad y la de Israel como pueblo de Dios. Como la mayoría de los Evangelios fueron escritos después del 70 (Mt y Lc; Jn), no es difícil atribuirle al fariseísmo del tiempo de Jesús rasgos que, en realidad, podrían corresponder a la hegemonía farisea posterior a la destrucción del Templo.

Hecha esta aclaración, describamos la imagen de Dios de los fariseos, para deducir posteriormente su espiritualidad.

Los fariseos sostenían que la vinculación con Dios se producía en virtud de los méritos de cada uno, los que al ser reconocidos por Dios originaban la declaración de *«justo»* por su parte. El fariseo se salvaba en virtud de los méritos que obtenía al practicar perfectamente la Ley, cumplir con sus oraciones y ayunos, realizar limosnas y cuidar hasta el extremo la pureza ritual, sobre todo en las comidas. Quien así vivía su vinculación religiosa, Dios reconocía su esfuerzo y *«lo justificaba»*, es decir, lo declaraba digno de Él.

Pablo enseñará que la justificación que proviene de Dios no es en virtud de los méritos por el cumplimiento de la Ley, sino en virtud de los méritos de Jesucristo que murió y entregó su vida por todos (Rom 3,21-31; 5,1-11). Por tanto, *«¿dónde queda el derecho a presumir?»* (Rom 3,27).

La parábola del fariseo y del recaudador de impuestos que suben al Templo a orar (Lc 18,9-14), muestra con claridad cuál era la dinámica de la salvación que sostenían muchos judíos de tendencia farisea.

La gran preocupación del fariseo es separarse de los pecadores: «*Te doy gracias porque no soy como los demás hombres...*» (Lc 18,11), para demostrar a Dios que -con creces- todo lo ha hecho bien: «*Ayuno dos veces por semana y pago el diezmo de todo lo que compro...*» (Lc 18,12). Por la mentalidad de trueque propia de aquel tiempo, el fariseo piensa que, por haber cumplido la voluntad de Dios, merece ser considerado justo. Si le ha dado a Dios conductas que Él norma en la Ley, merece que le otorguen su ansiada salvación (cfr. Rom 4,1-5). En cambio, el cobrador de impuesto, conociendo y aceptando sus pecados, implora la compasión de Dios como fuente de salvación: «*¡Oh Dios! Te pido que tengas misericordia de mí, que soy un pecador*» (Lc 18,13). Una vez finalizada la oración en el Templo, ambos bajan a sus casas, pero Dios «*había hecho justo*» al cobrador de impuesto, no al fariseo, «*porque Dios humillará a todo el que se engrandece y engrandecerá al que se humilla*» (Lc 18,14).

La espiritualidad de los fariseos centrada en obtener la justicia de Dios en virtud de los méritos propios, exige un gran conocimiento de la Ley y un gran sacrificio personal para cumplir todas las normas que proceden de Dios. Pero todo lo hace con gusto, pues así «*acumula*» méritos que le permiten obtener de Dios la declaración de hombre justo y, con ello, la salvación. Su espiritualidad le exige alejarse del mal por lo que no sólo desprecian el pecado, sino que terminan despreciando al pecador y, además, a todos los hombres que no son como ellos.

2.4 Esenios e imagen de Dios

Tampoco el Dios de Jesús es como la imagen de Dios que cultivan los esenios, comunidad de judíos que, separados de Israel por considerarlo impuro, vivían en las cercanías del río Qumrán, en una localidad ubicada a 1 km. de la orilla occidental del mar Muerto.

Los esenios, convocados por «*el Maestro de Justicia*», su líder,

esperaban la intervención de Dios que llevaría a cabo de modo definitivo la división del mundo, separando a los buenos de los malos y aniquilando a éstos. Se consideraban «*hijos de la Luz*», pues los animaba el espíritu de la luz, quienes -mediante cruentas batallas- debían vencer a «*los hijos de las Tinieblas*» que respondían al espíritu de las tinieblas. Unos y otros servían a fuerzas diametralmente opuestas y, en el mundo por venir, no había cabida para ambos, sino sólo para los hijos de la Luz. Pero la guerra santa ya comenzó en este tiempo.

Para esta guerra se preparaban -entre otras cosas- estudiando las Sagradas Escrituras; cumpliendo estrictamente la Ley; despreciando los placeres y las riquezas; practicando la pureza ritual, mediante lavados que realizaban varias veces al día; cumpliendo con gran severidad los ritos de pureza respecto a comidas, al sábado y a los tiempos sagrados, y viviendo una moral sin tacha alguna. Por un lado, no podían perder su condición de hijos de la Luz y, por otro, sólo la máxima fidelidad a Dios y a sus normas, interpretadas por el grupo, les daría la victoria sobre los hijos de las Tinieblas.

Se trataba, pues, de una comunidad de iniciados con una imagen de un Dios estricto, cuya justicia y poder destructivo se desplegaba mediante quienes le eran fieles. Otros grupos, incluso judíos, estaban destinados a la aniquilación por su impureza y su maldad. Los fieles eran ellos, los esenios de Qumrán, y esta convicción alentaba la lucha de este tiempo sin que perdieran la esperanza en la intervención de Dios al final de los tiempos. Entonces, Dios someterá a terribles castigos a los hijos de las Tinieblas hasta su total exterminación y recompensará a los hijos de la Luz por su fidelidad en mantenerse puros.





ÁREA
COMUNICACIÓN
OBISPADO DE
VALDIVIA

SERIE BIBLIA Y NUEVA EVANGELIZACIÓN